

cias á Dios y á su bendita Madre, por el beneficio recibido." (Pág. 135.)

Volviendo ahora al Historiador P. Baltasar Medina, después de haber referido el beneficio que recibió el P. Valderrama por intercesión de la Virgen de Guadalupe, en el capítulo inmediato que es el XIV, pone una "Breve Noticia de Nuestra Señora de Guadalupe de México." Lo que llama la atención es una especie de Prólogo que pone antes de dar la "breve noticia." Hélo aquí:

"No hay razón ni disculpa para no corresponder á este beneficio y favor que María Santísima Señora Nuestra hizo á éste nuestro religioso su siervo; pues pasan las obligaciones al hermano, y fuera *reprehensible acción*, que el impedimento ó embarazo de quien se halla agradecido, pero imposibilitado á la paga, abrigase (excusase) á quien debe por hermandad y profesión de estado salir á la fianza de las obligaciones justas y reconocidas deudas Murió Fray Pedro de Valderrama, deudor á la fineza que experimentó en María Santísima Nuestra Señora: *fuera culpa* no tocar aquí su hermano en su nombre algún recuerdo y memoria de la merced recibida Apuntaré ceñido la milagrosa historia de esta singularísima Virgen (Sigue la "Breve Noticia de la Aparición.")

El Ilmo. Sr. Vera, Obispo de Cuernavaca, en su "Tesoro Guadalupeño," Primer Siglo, pág. 249, después de haber referido lo que acabamos de reproducir, hace la siguiente observación: "Notables son las palabras con que (el P. Medina) comienza el primer párrafo de este Capítulo: *No hay razón ni disculpa*, así como estas otras: *fuera culpa no tocar aquí* su hermano en su nombre algún recuerdo, etc.," en que manifiesta el autor las poderosas razones que tiene para dar noticias de la Aparición. Parecen dirigidas á los que, como Torquemada, tuvieron embarazo ó disculpa en narrar las glorias de la Virgen del Tepeyac y expresar su profundísima gratitud por haber sido de su hábito el V. P. Zumárraga, á quien se apareció María Santísima (en su Imagen). Dan muchísima luz para explicar y aun reprobar el silencio del cronista Franciscano."

En 1643 otro milagro aconteció á la vista de muchos en la Plaza de la Villa de Guadalupe, debido á la invocación de la Patrona de los Mexicanos, y lo refiere el P. Florencia. (Pág. 135.)

Los españoles residentes en la ciudad de México, habiendo tocado con la mano la protección singular de la Virgen de Guadalupe, en ocasión de la memorable inundación de 1629, determinaron hacer cada año una fiesta á la Virgen del Tepeyac en su Santuario. Escogieron el mes de Septiembre por ser el más arriesgado y expuesto al peligro de la inundación; y para que todos los españoles de la ciudad, libres de sus ocupaciones, pudiesen concurrir al Santuario, escogieron el día ocho de Septiembre por ser día festivo de precepto, dedicado á la Natividad de Nuestra Señora. Junto con la fiesta religiosa en el Santuario, añadieron otras diversiones en la plaza, señaladamente la de los toros. De paso haremos notar que de los españoles vino después la costumbre de que diversas clases, v. gr., Abogados, Médicos, Comerciantes, Artesanos, etc., hiciesen también su fiesta particular en el Santuario.

Pues bien: "el día 13 de Septiembre de 1643, se lidiaban toros en la plazuela de la Hospedería del Santuario, y un honrado vecino de México, llamado Francisco Almazán, estaba viendo en un tablado este cruel entretenimiento, en que todo el gusto de los que miran consiste en ver peligrar los que juegan, poniendo su vida á los cuernos de una fiera. Siendo ya hora de volverse á su casa, bajó del tablado para ir á rezar y á despedirse de la Santa Imagen. Mientras pasaba por medio del patio, de repente salió desmandado del coso un toro tan feroz, que los toreadores no se atrevieron á aguardar sus primeros ímpetus; y despejando la plaza, dejaron solo y en manos del peligro al dicho Almazán, á quien á poco trecho dió alcance la fiera y lo derribó en el suelo. Todos lo dieron por muerto y sin defensa ni escape en lo natural. Empezaron desde los tablados y talanqueras á llamar todos á la Virgen de Guadalupe, y el caído, como quien veía más de cerca el peligro, con más fe y devoción, prometiéndole si escapaba con vida festejarla aquel día todos los años. No se hizo sorda la Señora á su invocación y á la piedad de los otros: porque teniendo ya el enfurecido toro las puntas sobre el cuerpo para herirle, con asombro de todos se retiró, y dejando la presa que tenía en las puntas, corrió á otra parte: y le dió lugar á que se levantase y pusiese en salvo. Ninguno de los

muchos que vieron el caso y la ferocidad del toro, dudó que había sido milagro de la misericordiosa Señora, y como tal lo aclamaron y lo aplaudieron á voces. Pero quien más lo conoció y reconoció fué Francisco de Almazán, que luego que se vió fuera de peligro, acompañado de muchos entró en la iglesia y arrodillado delante de su Libertadora, la Santa Imagen, le rindió afectuosas gracias y volvió á prometerle la fiesta anual aquel día. Hizo luego pintar el caso y púsole en un colateral del Santuario, como entramos por la puerta del Poniente, á mano izquierda, donde yo lo ví recién sucedido; hoy está debajo del Coro." (1687.)

"Cumplió su promesa y por muchos años le hizo la fiesta aquel día en su Santuario con toda solemnidad y devoción, hasta que le erigió un colateral rico y curioso en la Iglesia de San José de Gracia, donde puso una copia de la milagrosa Imagen, y dándole licencia su larga edad, ha cumplido muchos años há, su voto, haciéndole la fiesta en dicha iglesia. Cuando escribo esta relación vive lleno de años y creo también de méritos. . . ."

"Para complemento de esta maravilla, prosigue el P. Florencia, refirióme un Religioso de la Casa Profesa que el mismo Francisco de Almazán le contó otro prodigio, que se siguió de este milagro. Y fué que el toro de cuyas manos escapó, como acabo de escribir, habiéndole abierto las puertas de las barreras se fué á una lagunilla que entonces había cerca del Santuario, y entrando en ella se volvió tan manso, que en ocho años que lo conservaron para memoria del milagroso suceso, jugaban los muchachos con él como becerrillo de chiquero; y que esto lo vió él varias veces, y admiró tanto su mansedumbre, cuanto había temido antes su ferocidad. . . ."

(Pág. 137.)

III

"A fines de Agosto de 1668, salió de Veracruz para la Habana una Fragata en conserva de la Capitana, y habiendo navegado algunos días con viento favorable, estando en veinte y cuatro grados de altura, les sobrevino un norte tan recio y tempestuoso que no teniendo el bajel costado para sufrir la furia de las olas, hubo de correr á popa á donde la fortuna lo llevase. Perdido el timón y sin gober-

nalle; quebrados ambos palos, mayor y trinquete, arrancadas de un golpe furioso de mar* cebadera, bauprés y obras muertas del castillo de proa, y abierto el costado, hacía tanta agua que no podían cuarenta y siete personas, que llevaba, agotarla á dos bombas. Viéndose los pasajeros ya perdidos en lo humano, se confesaron todos con cuatro sacerdotes que iban en el bajel, un clérigo, un Religioso Agustino y dos Franciscanos. Habiendo hecho esta diligencia cristiana, uno de los pasajeros, vecino de México, de nombre Rodrigo de la Cruz, empezó á invocar el amparo de la Soberana Virgen de Guadalupe, su Paisana, y pidió á sus compañeros hiciesen lo mismo. Juntos todos la llamaron proponiendo la enmienda de sus vidas y de servirla adelante de veras. Así corrió el Navío, sin timón ni velas, cinco días, hasta que á 2 de Octubre se hallaron sin saber dónde estaban varados cerca de un río en la Costa de Barlovento de Nueva España, y en un paraje tan bueno y tan bonancible, que pudo salir á tierra toda la gente sin ningún peligro: siendo así que en lo más de la Costa es más arriesgada la tierra que el mismo mar. Todos atribuyeron á la protección de Nuestra Señora por su Imagen de Guadalupe de México, el haber escapado vivos de tantos y tan evidentes peligros. Y en memoria del favor, Rodrigo de la Cruz pintó en su Santuario el suceso."

"Por Noviembre de 1685, el Capitán Lucas García Montañó, viniendo de Maracaybo para Veracruz, corrió once dias con un norte tan deshecho, que la noche de San Andrés á las once de ella tuvo-se por perdido, sin esperanza de escape en lo humano. Invocó con los del Navío de todo corazón á la Virgen de Guadalupe de México, y desde entonces empezó á aflojar el huracán y en pocos días arribó á salvamento á Veracruz. Fué este suceso alcanzado, como él y todos los del Navío creyeron, por intercesión de la soberana Señora en Diciembre del año pasado de 1685: y en señal de reconocimiento, el Capitán Lucas García envió en una tabla pintado el suceso á su Santuario. (Florencia, cap. XXVI, págs. 155 y 157.)

“A 19 de Febrero de 1687, sucedió un caso raro en México, escribe el P. Florencia, al tiempo de escribirse esta Historia. El caso que voy á referir, tiene por testigos á los más de México: yo lo escribiré según y como me lo contó la misma señora á quien sucedió.”

“María de Narváez, casada con Agustín Sinoesio, es una matrona de calificada piedad, en particular para la milagrosa Señora de Guadalupe; á cuya devoción atribuye haber escapado en años pasados de un tabardillo, enfermedad maligna y peligrosa, complicada con una maligna disenteria y sobre parto de que estuvo ya desahuciada. A esta señora, andando visitando las oficinas de su casa, á 19 de Febrero de este año de 1687, á las seis de la mañana, al pasar cerca de un pozo que está en un pasadizo, le dió un vahido de cabeza, y pareciéndole que toda la casa se movía de abajo á arriba, se asió fuertemente con ambas manos de una escalera portátil, que por lo bajo estribaba en el brocal del pozo, y con el peso del cuerpo la trajo hacia el claro de dicho pozo, y quedando en vago, con la escalera cayó de cabeza hasta lo profundo, topando en el fondo unas pesas de hierro que habían caído antes en él, y hundiéndose en más de vara y media de agua que tenía de profundidad. Al caer no se acordó más que de la Virgen de Guadalupe y de sus hijos, y lo que dijo fué: “¡Madre de Dios de Guadalupe! mis hijos!” Al ruido que hizo con la caída, acudió una muchacha y vió la escalera y la señora hundidas en el agua. Fué corriendo á dar aviso: acudió con presteza el marido de la señora, y asomándose al pozo vió el movimiento del agua y un pie que sólo descubría y movía con fuerza. Dió voces á los criados y salió también á la calle pidiendo auxilio á los que pasaban. Entraron, y viendo que todavía movía el pie, juzgaron que lo ocasionaban las ansias de la muerte, y que sería imposible sacarla viva. Con todo eso, su marido se bajó al pozo, y asiéndola del pie con todas sus fuerzas, no pudo levantarla; pues era muy corpulenta y de mucho peso. Pidió una reata, lazóle con ella el pie y tirando él y muchos de los presentes, no pudieron por más de media hora conseguir el sacarla: y, tomándola ya por muerta y ahogada, sólo pretendían sacar el cuerpo para darle sepultura. En esto, un negro de la casa se bajó al pozo, y por un lado en que apenas cabía por ser el pozo muy angosto, se zambulló y volviendo á salir, dijo: Mi señora está viva; por-

que observó que con la cabeza y las manos hacía fuerza para levantarse, y volviendo á zambullirse le desembarazó el otro pie que estaba cogido entre unas estacas, con que estaba por abajo fortificado el pozo, y echándole otro lazo por el otro pie los de arriba, tiraron con las dos sogas, y el negro metiéndose debajo de los hombros, sacaron del agua el cuerpo, después de más de una hora que estaba dentro del agua. Reconocieron que aun estaba viva, llevaronla en hombros á la cama, le administraron la Extrema-unción, pues no estaba capaz de recibir otro sacramento; y con el abrigo, fomentos y confortativos, volvió en sí dentro de una hora, habló, conoció á los suyos y dentro de pocos días se levantó buena y sana, quedándole sólo lastimado el pie por la soga con que lo ataron, y la herida de la cabeza que recibió topando con las pesas de hierro que habían caído en el fondo del pozo.

“Yo la visité, prosigue el P. Florencia, y su marido y ella me contaron lo escrito. Preguntéle qué hizo luego que cayó, qué hizo cuando se halló hundida en el pozo; y qué tanto tiempo estuvo en su acuerdo debajo del agua. Respondióme, que invocó á Nuestra Señora de Guadalupe, con las palabras que arriba escribí, que luego que se vió con la cabeza dentro del pozo, se puso la mano en la boca para no tragar agua, y con el corazón no dejaba de llamar á la Virgen mientras no perdió los sentidos: que estuvo largo rato tan en sí, que oía las voces y entendía las palabras que su marido y los demás hablaban: que al mover el pie que tenía fuera del agua, era para hacer señas para que la socorriesen: que duró largo rato, pero no sabía qué tiempo, porque luego que hicieron diligencia para sacarla, perdió el sentido: que, en fin, en el tiempo que estuvo debajo del agua no tragó ni gota de ella, y su marido y demás personas que se hallaron presentes, testifican que no volvió ninguna agua ni se sintió agravada de ella, como suelen decir los que están poco tiempo dentro del agua. Este fué el caso que es muy popular y que no parece que pudo suceder sin milagro, por las razones siguientes. . . .” Estrella del Norte, Cap. XXVIII. Zodiaco Mariano, pág. 51.

Entre los casos que el Vicario D. Juan Altamirano de Villanueva tenía muy bien averiguados y refirió al P. Florencia, mencionamos un raro suceso que aconteció á un indiecito, por contener una muy buena lección para nosotros.

“Un muchacho natural, que sirve en su casa, á trece de Agosto del año pasado (1687), fué á encender un cirio que alumbrase á la principal Imagen de las copias de Nuestra Señora de Guadalupe que están en su Pozo (en el Pocito): devoción que los naturales tienen en memoria del tránsito de la Virgen Madre de Dios, que es opinión fuese en ese día, así como el de su resurrección y coronación á la diestra de su Hijo en el día quince. El muchacho volvía del Pozo después de haber ofrecido el cirio á la Santa Imagen, cuando en aquél distrito (trecho) que hay hasta las casas del Vicario, se le allegaron otros tres muchachos, al parecer de su edad y talla, vestidos con asco y decencia, pero descalzos como los indios andan: los rostros bellísimos que se hacían ver y notar con su misma hermosura; y tan alegres y halagüeños, que aunque no pensó el muchacho por entonces que podían ser más que humanos, pero fué tanta la alegría y júbilo en que iba entre ellos, que no acababa de extrañar la novedad que le hizo. Preguntóle uno de ellos que de dónde venía? Respondió que de ofrecer un cirio encendido por su devoción á la Imagen de Guadalupe del Pozo. *Dichosos* (dijo entonces el muchacho ó quien era) *los que sirven á Nuestra Señora de Guadalupe*. . . Y llegando en estas pláticas enfrente de la Iglesia, añadió con tal afecto, que, según el indiecito afirma, le enternecía y derretía su corazón: *¡Si supieran todos lo que es y lo que vale servir á Nuestra Señora de Guadalupe!*” Y diciendo esto y volviendo el indiecito que iba acompañado de ellos á verlos, no vió ni aun divisó á nadie, porque se le desaparecieron del lado, sin saber cómo ni cuándo. Apresuró el paso, ni turbado, ni temeroso, como él decía y dice hoy, sino tan alborozado, que no le cabía el corazón en el pecho, y contándoselo, luego que entró en la casa, al Vicario, le dijo: que le pusiese la mano en el pecho, y vería los saltos que de placer le daba el corazón. Y testifica el Vicario que así lo hizo; y experimentó, que como lo decía, así era (pág. 159).”

El P. Florencia, que acabó de escribir su *Estrella del Norte* por el año de 1688, después de haber referido en *nueve capítulos* muchos de los más probados milagros y beneficios de la Virgen de

Guadalupe, concluye: “Dejo aquí, por no alargar esta Historia, otros catorce casos en que la Virgen de Guadalupe ha acudido á sus devotos al parecer milagrosamente, y que estaban en su Iglesia en otras tantas tablas pintadas.”

Y concluyamos con reflexionar á menudo sobre aquellas palabras que oyó el indiecito: *¡Dichosos los que sirven á Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Si supieran todos lo que es y lo que vale servir á Nuestra Señora de Guadalupe!*

CAPITULO XVII

Primeras obras impresas sobre la Aparición de la Virgen en el Tepeyac.

P. MIGUEL SÁNCHEZ DEL ORATORIO Y EL P. MATEO DE LA CRUZ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.—Pbro. LUIS LASSO DE LA VEGA Y LUIS BECERRA TANCO DEL ORATORIO.—P. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

I

Desde la Aparición hasta el año de 1648 habían transcurrido ciento diez y siete años, sin que saliera á luz historia alguna impresa, que refiriese con sus pormenores esta singular manifestación de amor de la Virgen Madre de Dios á los mexicanos. A decir verdad, con respecto á los naturales, poca ó ninguna falta hacía la impresión de tal historia, porque ellos en sus Cantares, Mapas ó Pinturas, Bailes, Danzas simbólicas y Relaciones escritas en lengua azteca, tenían registrado todo el portentoso suceso. Y las frecuentes y numerosas peregrinaciones entre año al Santuario mantenían muy viva en todos la Tradición del milagro. Para los españoles residentes en México desde la Aparición y para sus descendientes, tampoco hacía mucha falta una relación en Castellano. Ya hemos visto